

por medio de la excomunion, del cuerpo místico de sus fieles, esos miembros, que siempre están dispuestos á devorar á sus hermanos. No debe pertenecer á la Iglesia, el que en la sociedad es un lobo rapaz. No debe pertenecer á la familia cristiana, el que contra la familia humana atenta.

Hermanos míos, si hay una chispa de fe en vuestro entendimiento, reprobad y condenad esa impía costumbre, que la desmedida soberbia de nuestros tiempos ha reproducido. Rechazad las malévolas sugerencias, que se os bagan, para que de una manera ó de otra toméis parte en los desafíos. El que perdona, es grande; el que se vengaga, es pequeño y miserable. La religion y la humanidad condenan el duelo, que, como os he demostrado, es impío en su principio, ridículo y necio en sus motivos, y bárbaro en sus resultados. Detestadle de todo corazon, y ahogad en vuestra alma el orgullo, padre de este mónstruo. Sed humildes; perdonad las ofensas; la humildad y la generosidad harán, que en vuestra alma penetre la gracia, y que despues alcanceis la gloria.

Véase VENGANZA.

DESAPEGO.

Expectatio creaturae, revelationem filiorum Dei expectat.

Las criaturas todas están aguardando la manifestacion de los hijos de Dios.

(Rom. viii, 19.)

Estas son, carísimos hermanos, las palabras con que el apóstol S. Pablo nos anuncia la perturbacion, que el pecado ha causado entre las criaturas. Todo está en desórden, desde que el hombre se rebeló contra Dios. En vano pretenden los hombres dados al placer,

que la tierra debe ser un lugar de delicias, y que en ella se puede ser feliz; no ven, que el abandonarse á semejante idea, hace, que sea más triste habitar la tierra, aumenta los desórdenes de este mundo, y provoca la justicia de Dios contra el género humano. Los impíos, al notar este desórden, acusan á la divina Providencia; pero no ven, que el mismo desórden dimana de los hombres, y que Dios, por el contrario, calma, por medios ocultos, atenua ó repara el mal. Los hijos de Dios aprenden á desasirse de la tierra, á levantar sus miradas al cielo y sus aspiraciones á la posesion de Dios. Corrompidas las criaturas, el cristiano debe tratarlas con moderacion: seductoras, el cristiano se libra de ellas por el deseo de la eternidad. Tal es, hermanos míos, el asunto de este discurso. A. M.

1. Entre el cúmulo de deseos, que continuamente surgen en el alma humana, hay uno que los domina todos, y que subsiste sobre los restos de los demás: es el deseo de la felicidad, deseo esencial, invencible, irresistible, por el cual el alma humana aspira á la posesion de Dios. Nada en el mundo puede sofocar este deseo, porque es, digámoslo así, parte integrante de la naturaleza humana; y en medio de las miserias más horrorosas, de las desgracias más terribles, veis siempre brotar del fondo de su corazon este deseo. Desgraciadamente engañado por la aparente dulzura de las criaturas, el hombre, hermanos míos, consulta los sentidos, y estos malos consejeros, siempre en contacto con los seres materiales, le persuaden, de que la felicidad consiste en la posesion de estos seres. ¡Error funesto, seducción deplorable, cuyas consecuencias engendran el pecado y la muerte! Los hijos de Dios, no se dejan tentar por esta seducción, antes la rechazan con valor, y saben dominar los deseos más imperiosos, los apetitos que compelen á las almas sensuales hácia los placeres de la vida; saben que la tierra es un campo de prueba, de lucha, de combates; por eso los mártires dan su vida, los cenobitas, se despojan de este fango de los bienes terrestres, que les habria impedido atravesar sin naufragio los agitados mares del mundo: almas puras, que, en medio del siglo, se conservaban puras por un pensamiento elevado, por el sentimiento más noble, por el deseo del cielo.

Y despues de tales ejemplos, hermanos míos, ¿amaremos aún la tierra, buscaremos una felicidad efímera, é iremos á mancharnos con esas criaturas, ya condenadas por el pecado á la destruccion y á la muerte? El que se atrasa en el camino del cielo, y no sabe, que debe andar constantemente para llegar á toda costa, ese es el viajero insensato, que, devorado de sed, y sabiendo que puede apagarla en una

fuelle, más ó ménos lejana, pero accesible, no se dirige al término, y se inclina sobre cisternas secas; toma la apariencia por la realidad, el accidente por la sustancia, y abandona á Dios para apegarse á unos objetos, que desaparecerán con él en la sepultura.

En su origen, hermanos míos, las criaturas eran puras, eran brillantes al salir de las manos del Criador; este mundo era bellissimo; Dios lo habia aprobado, bien lo sabeis. El sublime arquitecto, al comparar esta creacion maravillosa con el plan que habia concebido en su entendimiento eterno, vió que todas las cosas, que habia hecho, eran en gran manera buenas: *et erant valdè bona*. GEN. 1, 31. Y las criaturas sometidas al imperio del hombre, le obedecian; ellas elevaban su corazon al Señor comun, y como no tenian lengua para alabar á Dios, respetaban al hombre, pontífice de este universo, de este inmenso palacio, y le obedecian con amor. Entónces no habia para las criaturas ningun principio de exterminio; la muerte no existia en este mundo. Pero cuando, á causa de una rebelion horrible, hubo roto el hombre los lazos de la subordinacion con Dios, cuando tuvo su independenciam, ¿qué sucedió? Que la sombra helada de la muerte vino á tenderse sobre la misma creacion, que palideció y vió oscurecerse su belleza primitiva. Y las criaturas, indignadas de la degradacion de su primitiva hermosura, se hicieron instrumentos de la destruccion humana. «¡La criatura se ha encendido en ira contra el insensato!» El Espíritu Santo es quien lo dice.

Y en efecto, hermanos míos, con la aparente mansedumbre que ha quedado en esas criaturas, el hombre se abandona á todos sus apetitos, y es excitado á correr en pos de ellas. ¿Y qué halla en el seno de esos placeres, de que tiene un deseo desenfrenado? Lo que halla es la muerte. Cierito es, que la destemplanza ha matado más gente que la espada, y las batallas, en que los hombres se despedazan entre sí, son ménos mortíferas que la lujuria y la destemplanza. Y con todo, el hombre no se enmienda; se siente arrastrado por una seduccion inexplicable, y la moderacion de sus deseos no viene sino cuando ha perdido la salud.

Pero si así sucede, hermanos míos, si todo es seduccion; ¿quién, pues, se salvará en este mundo? El discípulo de Jesucristo: solo él podrá escapar á esta seduccion universal; solo él no se quedará preso en las redes de las criaturas, segun la expresion del libro de la Sabiduría; él sabrá romper las redes, que le hubieren detenido, y entónces podrá dirigirse libremente á Dios. El se salvará, pues, siguiendo lo que el divino Maestro le ha enseñado, esto es, despreciando lo que el mundo aprecia, apreciando lo que el mundo desprecia. Porque

el divino Salvador, como dice muy bien S. Agustin, vino á enseñarnos el uso que debemos hacer de las cosas de este mundo y á restablecer el órden, destruyendo el desórden, diciéndonos, que toda la vida humana, para ser inocente, debia valerse de las cosas que Dios le dió para su uso, y no buscar su goce en ellas. Y sucede todo lo contrario: el hombre quiere gozar de las cosas de que solamente debiera servirse, y servirse de Aquel de quien deberia gozar. El debia servirse de las criaturas y gozar de Dios; pero, muy al contrario, quiere gozar de las criaturas, y hacer servir á Dios de instrumento para sus placeres; ¿me atreveré á decirlo? quiere hacer de él el proveedor de sus pasiones.

La oracion os salvará, hermanos míos: pedireis fuerzas á Dios para resistir á esta seduccion terrible; le rogareis que dé luz y fuerzas bastantes á vuestros pensamientos para elevaros sobre esta tierra, para dirigirlos al cielo; que purifique vuestros sentimientos é imprima á vuestras afecciones la pureza evangélica, que los hace dignos del Señor. Rogareis como la Iglesia, pues la Iglesia, que sabe la degradacion de las criaturas, y cuanto hay en ellas seductor y mortal, no cesa de demandar á Dios que las purifique.

Os salvareis, si frecuentais los sacramentos, pues Jesucristo quiso purificar las materias de que nos servimos para el uso de la vida, empleando en los sacramentos el agua, la sal, el aceite, el pan y el vino: así se rehabilita la materia, y se santifica con la palabra de vida. Os salvareis, si usais con moderacion de las cosas de este mundo, si sois modestos, segun la expresion de S. Agustin, en su uso ordenado, á tenor de la disciplina eclesiástica, y no abandonándoos á la pasion desenfrenada de los hombres, que solo buscan sus placeres. Os salvareis con la mortificacion de los sentidos, sometiendo este cuerpo rebelde á la ley divina; rebelde, porque está de acuerdo con los seres que nos rodean.

Os salvareis, pues, hermanos míos, cuando continueis siendo discípulos de Jesucristo, segun los preceptos evangélicos, y entónces dominareis á las criaturas. No solamente no os seducirán sus apariencias, sino que las someteréis, pues sereis superiores á ellas.

2. Réstame demostraros, hermanos míos, que siendo las criaturas seductoras, es preciso resistir á sus seducciones con el pensamiento y el deseo de los bienes infinitos. Los escasos falaces deleites que nos proporcionan esos objetos efimeros, no bastan siquiera, hermanos míos, para llenar nuestra vida presente; y á esos deleites dudosos y fugaces ¿sacrificaríamos los bienes eternos? Pensad, pues, en la eternidad, y pensad en la vida. La vida, hermanos míos, es un

intervalo entre dos infinitos, entre la nada, de que salimos y la eternidad, que nos aguarda. La vida del hombre es un soplo, dice la Escritura; es un vapor que se desvanece. Ahora bien; durante este intervalo de un momento ¿quisierais establecer el fundamento de vuestra felicidad? ¿No veis, que en el instante en que creéis poder disfrutarla, vais á desaparecer como una sombra? Los santos patriarcas, hermanos míos, no pensaban como el siglo. Si tenían, dice San Gregorio, numerosos rebaños, una familia inmensa, digámoslo así, una gran consideración entre las naciones, todo eso, sin embargo, estaba muerto en el fondo de su corazón. Consideraban, durante su destierro, la ciudad permanente y mejor; y á fin de hacer confesión de fe, durante su vida mortal, vivían, dice S. Pablo, bajo tiendas, mostrando así, que la vida es una como tienda, que se fija por la mañana y se retira por la tarde. ¿Y qué hacían en la tierra aquellos desterrados? Cuando se les interrogaba sobre los años de su vida, con Jacob, con David, hablaban de su vida como de una peregrinación. ¿Qué hacían, pues, acá abajo, aquellos desterrados? ¿Qué hacían, hermanos míos? Se guardaban muy bien de tratar con los seres corruptores y corruptibles de este mundo: cantaban, no los cantos profanos, no las alegrías de la tierra, no los placeres del mundo, sino la hermosura de la ley de Dios. Cantaban esta ley tan admirable, porque era el principio de su felicidad futura. Con los ojos fijos en la eternidad, como en una roca inmóvil, veían correr á sus piés el río que arrastraba las generaciones humanas, y no temían ser arrebatados por el torrente, que debía precipitarles en el océano de la vida divina. Hasta aspiraban á su fin, porque su alma, siempre levantada sobre este mundo, no contemplaba más que á Dios solo; y desde la tierra, veían ya construirse aquella ciudad maravillosa de que ellos habían de ser piedras vivas.

Es menester, hermanos míos, que nos consideremos como desterrados en la tierra. Así, pues, cuando los mundanos vinieren á presentaros la copa de sus groseras voluptuosidades, la rechazareis con desdén y la rompereis con desprecio. Las aguas de la vida eterna son las solas que pueden refrescaros. Merced al deseo de los bienes infinitos, Dios transporta vuestra alma fuera de este mundo, y la mantiene siempre á la altura de la eternidad. ¡Ah! no la bajeis á la tierra.

¿Qué es este mundo, hermanos míos? Es un teatro en que la muerte arrebató un sin número de víctimas; el sol, que está suspendido sobre nuestras cabezas, es como la lámpara funeraria de un sepulcro inmenso. ¡Oh patria celestial! ¿cuándo te poseeremos? ¡Oh!

¿cuán oprimida siento mi alma en este mundo! ¡ella no respira sino en presencia de lo infinito! Estos, hermanos míos, estos deben ser nuestros sentimientos; ¿los tenemos? La vida espiritual nos espera: debemos prepararnos. No hay iniciación sin dolor, no puede haber parto en la vida divina sin prueba. El cielo, hermanos míos, es el lugar, donde el espíritu se sumergirá en la contemplación de las verdades infinitas; donde el alma se dilatará en presencia del Ser divino; donde la luz de Dios será el vestido de gloria, que ceñirá á los escogidos; donde el mismo cuerpo, transfigurado, habitará el lugar de las inteligencias, y disfrutará de una dicha real conveniente á su ser. Y ¿quisierais vosotros, que para gozar el hombre de esa dicha inefable, no estuviese bien preparado, en medio de las criaturas que le rodean? Si un hombre completamente absorto por los placeres de este mundo, entrase de repente, y esto es imposible, en la mansión de los Santos, la pureza de los Angeles, la calma de la vida divina, los cantos purísimos de aquellos seres que gozan de Dios, le espantarian; se horrorizaría de sí mismo, y sentiría la necesidad de precipitarse en las tinieblas, para sustraerse á la contemplación de aquella luz, que haría espantosamente visibles todas las manchas de su alma.

Preparémonos, pues, hermanos míos, preparémonos para el cielo. La vida pasa presto, los años vuelan... Y ¿á dónde iremos, si no hemos hecho nada para salir dignamente de este mundo, para llegar á Dios? ¿Cuál será nuestro futuro destino, si nos hemos apegado á la tierra para correr en pos de los placeres, que nos hacen criminales y de que no disfrutamos sino pasajeraamente?

Volvamos los ojos á la eternidad; empecemos, como dice la Escritura, formándonos soledades en el fondo de nuestro corazón, lejos del bullicio de las criaturas. Hablemos con Dios, discurremos con él, acerca de la felicidad de la vida futura en que gozaremos de su presencia, en que le poseeremos, en cierto modo, de una manera infinita. Háblémosle del deseo que tenemos de dejar este mundo, y repitamos varias veces estas palabras del Salmista: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por tí el alma mía: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus.* PSALM. XLI, 2.

Así es, hermanos míos, como atravesareis el mundo sin manchas. Vosotros, pues, los que poseéis los bienes de la tierra, guardaos de esperar en su inseguridad, y de dejaros fascinar por las inevitables seducciones que en ellos se encuentran. Miradlos con desprecio: esta es la lección que os da Jesucristo en su pesebre de Belén, y esto es lo que os enseña el apóstol S. Pablo. Y vosotros, los que careceis de

bienes mundanos, sed, á lo ménos, ricos en la fe: *Pauperes in mundo, divites in fide*. JAC. II, 5. Enriqueceos con esta doctrina celestial. Entónces apartareis los ojos de los mentidos placeres de este mundo y de las seducciones de la naturaleza, y contemplareis los cielos, donde os espera, si merecerla sabeis, una felicidad inalterable y eterna. Esta es la gracia que os deseo.

DIVISIONES.

DESAPEGO.—El de los ricos, proporciona la pobreza, en medio de la abundancia.

El de los pobres, proporciona la abundancia, en medio de la pobreza.

DESAPEGO.—El desapego nos hace fácil el ejercicio de la oracion.

El desapego nos conduce á ser generosos en la práctica de la caridad.

El desapego nos dá nuevas fuerzas para dedicarnos á la penitencia.

DESAPEGO.—El desapego trae consigo:

- 1.º La aprobacion de todas nuestras empresas.
- 2.º Honra todas nuestras virtudes.
- 3.º Recompensa todos nuestros actos.

DESAPEGO.—Es preciso, que nos desprendamos del bien que poseemos, para conservarlo.

Es preciso desprendernos del bien que esperamos, para merecerlo.

DESAPEGO.—Cuando el cristiano está tranquilo en su vida, debe su tranquilidad á su desprendimiento.

Quando el cristiano está tranquilo en la hora de su muerte, debe su tranquilidad á su desprendimiento.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis?... Centuplum accipietis, et vitam æternam possidebitis. MATTH. XIX, 27.

Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?... Recibireis cien veces más *en bienes más sólidos*, y poseereis *despues* la vida eterna.

Dixit eis Jesus: Venite post me, faciam vos fieri piscatores hominum; et continuo relictis retibus secuti sunt eum. MARC. I, 17.

Dijoles Jesus: Seguidme, y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres. Y ellos prontamente, abandonadas las redes, le siguieron.

Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus. LUC. XIV, 33.

Cualquiera que no renuncie todo lo que posee, no puéde ser mi discípulo.

Non potest mundus odisse vos; me autem odit, quia ego testimonium prehibeo de illo, quod opera ejus mala sunt. JOANN. VII, 7.

A vosotros no puede el mundo aborreceros: á mí, sí, que me aborrece, porque yo demuestro, que sus obras son malas.

Nolite conformari huic sæculo. ROM. XII, 2.

No querais conformaros con este siglo.

Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est; reliquum est, ut qui habent uxores, tanquam non habentes sint. I COR. VII, 29.

Y lo que digo, hermanos míos, es: que el tiempo es corto; y que así lo que importa es, que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran.

Dedit semetipsum (Christus) pro peccatis nostris, ut eriperet nos de præsentí sæculo nequam. GAL. I, 4.

Se dió á sí mismo *á la muerte* (Cristo) por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupcion de este mundo.

Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. IDEM VI, 14.

El mundo está *muerto* y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo.

Omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam. PHILIPP. III, 8.

He *abandonado* y perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo.

Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus, inimicus Dei constituitur. JACOB. IV. 4. | Cualquiera, pues, que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El primer acto heroico de desapego, que se consigna en la sagrada Escritura, es el de Abraham al seguir la voz de Dios, que le dice: *Egrederere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi.* GENES. XII. Al ver la sumision y pronta resolucion de este patriarca, nos parece ver á un cristiano cumpliendo aquellas palabras, que Jesucristo no dijo hasta dos mil años despues: Si alguien quiere seguirme, renuncie cuanto posee... y sigame. En efecto: para aquel corazon grande y generoso, más habia de costarle el dejar padres, hermanos, parientes y patria, que todos los bienes fugaces de la tierra.

Este desapego es un precepto, que, cuando se trata de defender la gloria de Dios, horriblemente ultrajada, debemos cumplirlo, prescindiendo de padres, hermanos y personas más queridas, y despreciando todo humano respeto. Así lo vemos practicado por Moisés é hijos de Levi. Al ver aquel caudillo, que el pueblo habia caido en el pecado enorme de idolatría, volviendo las espaldas á Dios, y adorando un becerro de oro, obra de sus manos, levantó la voz, diciendo: Todo el que sea del partido del verdadero Dios, júntese conmigo: y luego, arengando á los afiliados al Señor, dijo: *Hæc dicit Dominus Deus Israel: ponat vir gladium super femur suum; ite, et redite de porta usque ad portam per medium castrorum, et occidat unusquisque fratrem, et amicum, et proximum suum:* y despues de la horrible matanza, en que perecieron unos veinte y tres mil hombres, dijo Moisés: *Consecrastis manus vestras hodie Domino, unusquisque in filio, et in fratre suo, ut detur vobis benedictio.* EXOD. XXXII.

Con cuánta generosidad premia Dios el desapego á la carne y á la sangre, lo vemos en la piadosa y caritativa Ruth, que, por no abandonar á su anciana suegra, desamparada de todos, deja sus padres, sus parientes y su patria, trasladándose á un país extranjero. Léase su historia, especialmente los capítulos 1, 2 y 3.

Eliseo, algunos siglos antes de la venida del Salvador y de la predicacion de su doctrina, se nos presenta como un tipo de los Apóstoles por su desapego de la carne y sangre y de los bienes terrenos. Lla-

mado por el grande Elías, mientras estaba arando, dejó las yuntas, se despidió de sus padres, y siguió al profeta de Dios. III REC. 19.

El ejemplo de los Apóstoles, que á la voz de Jesucristo todo lo abandonaron, debe tambien alentarnos á separar nuestro corazon de los bienes del mundo; y mucho más el ejemplo de nuestro divino Salvador, que aunque fuese señor absoluto de todo lo criado, nació en un pesebre, vivió en la mayor pobreza, y murió, sin tener donde reclinar su cabeza.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

An non tibi videtur à terra devorari ille, qui semper de terra cogitat, qui semper terrenos habet actus, qui de terra loquitur, qui de terra litigat, terram desiderat, et omnem spem suam ponit in terra? ORIGEN. HOM. 49 IN LEV.

¿No te parece, que es absorbido por la tierra el hombre, que siempre piensa en lo terreno, y cuyos actos son siempre terrenos, que no habla sino de lo terreno, que no discute, ni habla, ni desea, ni espera sino en lo de la tierra?

Contemne divitias, et eris locuples: contemne gloriam, et eris gloriosus: contemne supplicia inimicorum, et tunc eos superabis: contemne remissionem et quietem, et tunc eam recipies. S. CHRYSOST. SUP. EPIST. AD HEBR. SERM. 25.

Desprecia las riquezas, y serás rico; desprecia la gloria vana, y serás glorioso; desprecia los ataques de los enemigos, y de este modo los vencerás; aparta de tí la ociosidad y el descanso, y así descansarás.

Qui moderari nescit cupiditibus, is quasi equis raptus indomitis volvitur, laniatur, affigitur. S. AMBROS. DE VIRGIN.

Quien no sabe moderar sus apetitos, se ve atropellado por ellos, como por caballos desenfrenados.

Omnia contemnit, qui non solum quantum potuit, sed etiam quantum voluit, habere contemnit. S. AUG. DE CATECH. RUD.

Todo lo desprecia el que, no solo desprecia lo que posee, sino tambien todo lo que codicia.

Pulchre à conditis amorem subtrahunt, qui in ipsum auctorem pulchritudinis, cordis passibus tendunt. S. GREGOR. IN MORAL.

Bello es el espectáculo de los que en alas del corazon vuelan hacia el autor ó fuente de toda belleza.

Nihil in hac vita laboriosius, quam desiderii terrenis æstuarè.

En esta vida no hay cosa más pesada que el abrasarse de mun-

et nihil hic quietius, quam hujus sæculi nihil appetere. S. BERNARD. SERM. 6. danos afectos; y nada hay más dulce y tranquilo, que el no desear cosa alguna de este mundo.

DESCANSO : Véase : DOMINGO.

DESCONFIANZA.

Beatus vir qui sperat in eo.

Bienaventurado el hombre que en él confía.

(*Sal. xxxix, 9.*)

El demonio, que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignacion; ¿qué esperas en este caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan continúa y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperacion. ¡Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasion.

Sin embargo, nosotros sabemos, que es tan infinita la misericordia de Dios, como su justicia; sabemos, que desea nuestra felicidad

con mucha más intension que nosotros mismos; por consiguiente no tenemos motivos para desconfiar. Voy á demostrarlo: A. M.

1. Dios aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es, que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porcion, digámoslo así, de su mismo sér. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaias, ISAI. XLIX, 15, nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas, apénas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio más seguro y eficaz de romper sus cadenas, y volver al delicioso estado de que habia caído; y aunque siempre le habia amado, nunca le manifestó su amor con señales tan marcadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia, le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y, en efecto, le hace donacion de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que es el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios, con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, y franquear así el camino de la salud al hombre pecador.

¿Qué es esto, Dios mio! ¿de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capaz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por más que él os aborrezca? Y ¿aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseida de la más justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *¡dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa, que ha merecido, tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente, feliz el pecado, que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros, que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos, que ya no es tiempo de recuperar lo que perdimos? Por mas que háyamos estado sumergidos en el abismo de los vicios más abominables, desde que empezamos á usar de la razon, aunque hayan éstos penetrado hasta la médula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma más fea y horrible que los condenados del infierno, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios, re-